

MIÉRCOLES
17 de enero de 2001
6:43 a. m.
Los Ángeles, California

Lo que sucede es terrible.

Bueno, no *tan* terrible, pero para mí sí. Rompí el compromiso con la universidad, dejé mi itinerario de lado y no llegué a destino.

Estoy en Los Ángeles, «Elei», The City of Angels, en el valle de San Fernando, en Van Nuys, arriba de la falla horizontal del Elysian Park System.

Debería estar en Tokio, como era el plan, y no aquí en una habitación de un Holiday Inn con vista panorámica a la autopista 405.

Son las 6:43 a. m., el sol acaba de salir, los vientos cálidos de Santa Ana mecen el agua de la piscina allá abajo. El hielo que salí a buscar al fondo del pasillo ya se derritió. La alfombra acumula migajas de Twinkies y restos de semillas de calabaza.

¿Han entrado a una cocina, aburridos, cansados, aletargados, en estado zombie, con la garganta seca y el aliento pastoso, deseosos de abrir una helada y refrescante Coca-Cola de dos litros y medio, para beberla directo de la botella, pero justo al abrirla, cuando desenroscan la tapa, sin previo aviso, se dan cuenta de que alguien (quizás uno mismo) la agitó severamente y ya es muy tarde, siempre es demasiado tarde, y pum, paf, swoooooosh..., todo el líquido oscuro, toda la espuma y las burbujas, estallan en tu cara como un grifo en un choque y ya no puedes hacer nada excepto empaparte hasta que la erupción finalice?

Bueno, ese es más o menos mi estado.

En realidad, es peor. Pero tampoco está mal.

Digamos que yo soy la botella de Coca-Cola y no sé qué ni quién me agitó, pero sí sé que, además de la botella, también soy la sustancia viscosa de la que están hechos los recuerdos.

Un terremoto nunca llega solo.

—CHARLES RICHTER

DOMINGO
14 de enero de 2001
6:43 a. m.
Santiago de Chile

—Aló...

—Hola, Beltrán. Habla Manuela.

—Ah... Hola. ¿Qué hora es?

—Temprano. ¿Te desperté? Perdona. Esperé varias horas antes de llamar.

—El despertador estaba por sonar. Dormía profundo, eso es todo.

—¿Estabas soñando?

—Creo que sí.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿En qué estás?

—Nada especial. Parto de viaje en la noche.

—¿Vacaciones?

—No, no. Voy a la Universidad de Tsukuba, en Tokio.

—Ya estuviste ahí, ¿no? Lo leí en alguna parte.

—Años atrás, sí.

—Por lo menos llegas a un lugar conocido. Eso es bueno.

—Sí, tal vez. Aunque mi japonés es menos que mínimo.

—¿Estarás mucho tiempo?

—Un semestre.

—Envidio esa posibilidad que tienes de partir.

—Una de las pocas ventajas de estar solo en la vida.

—El vuelo debe ser eterno, me imagino.

—Sí, pero me dan una tarde entera para descansar en Los Ángeles.

—Podrías darte una vuelta por Encino. O por Inglewood. Yo todavía tengo recuerdos de la calle Ash.

—No creo. Tal vez recuerdas las fotos. No sé. Éramos tan chicos, Manuela.

—De todas formas podrías pasar por...

—Voy a descansar en un hotel que me consiguió la agencia. Es parte del pasaje, no tengo que pagar nada.

—¿Nunca has vuelto? Tú que viajas tanto.

—No. He estado en el norte. Un par de veces en San José, en Palo Alto. Me ha tocado combinar vuelos en Los Ángeles, pero nunca he vuelto a pisar la ciudad.

—Curioso, ¿no?

—No sé... Es posible.

—A veces me dan ganas de volver.

—Éramos otras personas. Todo eso pasó hace tanto tiempo. Es fácil tener buenos recuerdos infantiles.

—Cierto.

—Pero, bueno, a lo mejor no, ¿qué sé yo?

—Yo no podría resistir la tentación de pasar.

—Me parecería extraño regresar a un lugar donde ya no hablo el idioma. Creo que me daría pena.

—¿Te acuerdas de que al principio siempre nos hablábamos en inglés?

—Nos odiaban por eso.

—Deberíamos volver a hablarnos en inglés.

—Primero tendríamos que volver a comunicarnos.

(silencio)

—En todo caso, no tendré tiempo para pasear. Lo justo para dormir un rato, ducharme, comer algo y embarcarme de nuevo.

—Qué pena.

—Así son las cosas.

(silencio)

—Oye, a todo esto, feliz año, Beltrán. Ahora sí que comenzó el nuevo siglo.

—Cierto. Feliz año atrasado.

—Sí, feliz año.

(silencio)

—¿De dónde me llamas?

—De Puerto Octay.

—¿Estás viviendo ahí?

—No, estoy de vacaciones, con los niños.

—Ah... ¿Y sigues con...?

—Ya no estoy con él.

—Ah... ¿Pero no has tenido otro hijo?

—No.

—Ah. ¿Sigues viviendo por allá arriba?

—Sí, pero ahora ya no estoy en Los Trapenses. Estoy un poco más abajo, por San Damián.

—Ah. De todos modos lejos, ¿no?

—Depende. Está cerca del colegio de los niños.

—Y... ¿cómo conseguiste este número? Cambiaron todas las líneas del barrio.

—Llamé al Instituto Sismológico. Les dije que era importante.

—¿Y lo es?

(silencio)

—¿Supiste lo de El Salvador, Beltrán? ¿El terremoto de ayer?

—No he dejado de mirar los datos que llegan. Fue un 7,8, lo que no es poco.

- Sí, parece que fue grande.
—¿Y desde cuándo te interesan los sismos, Manuela?
—Me avisaron y ahora te aviso a ti.
—¿Qué cosa?
—El tata Teodoro murió en el terremoto.

(silencio)

- ¿Cómo te enteraste?
—Por la mamá.
—¿Te hablas con ella?
—De vez en cuando. Cada día más.
—No entiendo. ¿Se le cayó algo encima? El terremoto fue casi al mediodía. ¿Estaba en la calle?
—No. Dormitaba. Despertó de un sopetón... Fue un ataque al corazón.
—Pero ¿cómo?
—Parece que, a pesar de todos los terremotos que le tocó padecer, el Tata terminó por asustarse.
—Puede ser. Yo creo siempre que les temió. Una vez, hace años, me llevó a ver *Terremoto* al Lido. Se asustó muchísimo. Le vi el pánico en los ojos.
—No sabía eso... Bueno... Estaba con gripe, débil, y cuando empezó el remezón, intentó levantarse y le fallaron las piernas. Lo encontraron en el suelo. La mamá me dijo que lo único que se quebró en la casa fue un jarro con limonada.
—¿Cómo supo ella? ¿Está en El Salvador?
—En Santa Tecla. Vive ahí. Tiene una casa bien bonita, de color rojo, con jardín...
—¿Y qué hace ella en El Salvador?
—Hace varios años que vive ahí, Beltrán.
—¿Has ido?
—No. Oye, yo pensé que, al menos, estabas en contacto con el Tata.

—Ya no. Lo vi por última vez en un congreso, en Atlanta, hace años. Ya no era el de antes. La verdad es que hizo el ridículo. Fue atroz.

—¿Y nunca más lo volviste a ver?

—No. ¿Y tú?

—No, la última vez fue cuando lo condecoraron en la Universidad de Chile... Todo El Salvador lo quiso mucho. Dicen que gracias a él no hubo tantas víctimas, por sus campañas educativas, ¿sabías que enseñaba cómo protegerse en terremotos fuertes? Eso me lo contó la mamá.

—Irónico, ¿no?, que muera durante un sismo. Pobre, Tata.

(silencio)

—Te perdiste...

—Tú también, Beltrán.

—Yo siempre he estado acá.

—Deberías anotar mi número, Beltrán. Nunca se sabe.

—Bueno. ¿Cuál es?

—Tengo varios. Te doy el del celular.

—¿Tienes celular?

—Sí, 099493602.

—El mío ya lo tienes.

—Me puedes llamar cuando quieras, de cualquier parte del mundo. De Tokio, si quieres. Imagínate si te pasa algo.

—¿Qué me podría pasar?

(silencio)

—Quizás podrías pasar por El Salvador. Un desvío en tu viaje.

—Imposible. Es otra ruta, Manuela. No puedo atrasarme. ¿Tú vas a ir?

—Estoy aquí con los niños. No, no voy a poder.

—¿Cuándo es?

—Va a ser el miércoles en la tarde. Ha habido muchos entierros, los sepultureros no dan abasto.

—Estaré dictando mi primera clase ese día. Pensaré en él.

—¿No puedes desviarte de tu plan original?

—No.

(silencio)

—¿Y nuestro padre?

—No sé nada, Manuela. En California, supongo.

—O sea, cero contacto.

—Cero. Nunca más volví a saber de él. ¿Tú?

—Tampoco.

DOMINGO

A bordo de la van TransVip,
Alameda Bernardo O'Higgins,
altura Universidad de Chile, Santiago
7:14 p. m.

En 1977 para mi cumpleaños número trece, mi abuelo Teodoro me regaló *The Book of Lists*, de David Wallechinsky, Amy Wallace e Irving Wallace, editado por William Morrow & Company. Era un libro enorme, pesado, de casi quinientas páginas. Estaba escrito en inglés, idioma que yo dominaba sustancialmente mejor que el castellano. Lo compró en la librería Studio, el único lugar en Santiago donde vendían libros en inglés. A veces me iba caminando hasta la librería; solo pisarla me hacía recordar California y todo el mundo que había dejado atrás. Leí y releí cada una de sus páginas hasta casi memorizarlas. Junto con *Cataclismo en Valdivia*, de Teodoro Niemeyer (editado por Zig-Zag en 1964 y dedicado nada menos que a mí y a mi tío Beltrán, que justamente murió en ese terremoto feroz), *The Book of Lists* se convirtió en mi libro favorito. Creo que no he vuelto a leer o releer un libro con tal devoción como esa amalgama de listas. Su influencia, sospecho, no ha sido menor. Desde entonces, tiendo a enumerar y catalogar los eventos, la gente, los sucesos, los sismos, las cosas. No me atrevería a sostener que ese libro misceláneo y trivial me cambió la vida pero, si me apuran, no tendría problema en declarar que definitivamente me la ordenó.

Ojalá el pasado estuviera lleno de hechos aislados y tremendos que se pudieran usar en un momento de desesperación, como ases bajo la manga, a la hora de explicar por qué uno es como es. Las personas solemos creer que esos hitos son como terremotos biográficos, instantes en que todo se vino abajo, pero lo cierto es

que siempre está temblando. Durante los terremotos, se padece todo el miedo que no se siente cuando, en las propias vidas, el piso se mueve. Esto es natural. Somos como edificios antisísmicos; a lo más, intuimos que nos estamos moviendo mucho, porque algo malo está sucediendo, pero no logramos comprender la verdadera dimensión. Por eso, a la mayoría no nos pasa nada. No nos pasa tanto. Algunos quedan con los cimientos dañados, aunque lo cierto es que la gran parte sobrevive de lo más bien. Solo años después algunos se dan cuenta de que lo que les tocó fue una catástrofe, pero ya es tarde.